

ORACIÓN INAUGURAL.

---



# ORACIÓN INAUGURAL

DEL

AÑO ACADÉMICO DE 1881 Á 1882

LEIDA EN LA

# UNIVERSIDAD DE BARCELONA

POR EL

DR. D. JOSÉ BALARI Y JOVANY

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



BARCELONA

IMPRESA DE JAIME JEPÚS

IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD  
PASAJE DE FORTUNY (ANTIGUA UNIVERSIDAD)

1881

ORACION FÚNEBRE

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:

It is true, no doubt, that no language will unveil the whole of its wonderful structure except to the scholar who has studied it thoroughly and critically in a number of literary works representing the various periods of its growth.

MAX MÜLLER.—*Lectures on the Science of language.*

Ajeno de mí el pensamiento de tener que llevar la voz de este respetable Claustro en la inauguración del curso actual, cuando hace siete meses tomé posesión de la cátedra de Lengua griega, vacante por fallecimiento de mi bondadoso y sabio maestro, el Excmo. Sr. D. Antonio Bergnes de las Casas (Q. E. P. D.), cuyo nombre me complazco en citar para honrar de este modo su memoria, por estar ya á la sazón designado el catedrático que habia de cumplir este encargo tan honroso como delicado. Si más tarde recayó en mí la elección, débese á la circunstancia, meramente accidental, de haber pasado mi compañero y amigo á formar parte del Claustro de otra Universidad, á la cual fué trasladado por disposicion del Gobierno de S. M., que accedió á los deseos manifestados por el interesado. Pusiéronse de relieve, desde entónces, las dificultades que por una parte me ofrecía la elección de asunto bastante para cautivar, por su carácter general, la aten-

ción de mayor número de personas y por otra el plazo de que podía disponer, el cual por su brevedad me impedía trabajar con la holgura necesaria para llevar á cabo, del modo más cumplido, mi comisión. Después de haber reunido las notas que había tomado al entretener mis ocios literarios, llevado de la afición á los estudios filológicos, decidíme á tratar, nó de los asuntos que son objeto de mis ordinarias tareas como catedrático, sino de otros afines á ellos para proporcionar con tal mudanza una especie de solaz á mi espíritu y hacer así más llevadero el cumplimiento de un deber ineludible. *Algunas consideraciones sobre la formación del romance castellano*, precedidas de un sucinto estudio bibliográfico de los trabajos que versan sobre el mismo asunto y han venido á mi noticia, son el objeto de esta Oración, que paso á desarrollar confiando lograr la benevolencia que este Claustro, por tantos títulos ilustre, tiene acreditada.

## I.

Aparte de los méritos literarios que encierra el *Diálogo de las lenguas*, que Juan de Valdés escribió durante el reinado de Carlos V., halla en él también el filólogo algunas noticias de interés para el estudio histórico del romance castellano; mas la primera obra fundamental sobre la materia es la que, con el título de *Origen y principio de la lengua castellana*, compuso á los comienzos del siglo xvii, el sabio canónigo D. Bernardo Aldrete. Revelando en ella la extensión de sus conocimientos, vino á demostrar de una manera palmaria, en los tres libros que comprende, que el latín, antes de la irrupción de los godos, fué en España lengua vulgar y que de ésta derivó el romance castellano, á cuya formación contribuyeron también otros idiomas, de que en último término trata. Este estudio era, en la época en que se publicó, un verdadero progreso científico, ya que el hallazgo de documentos en el Monte Santo de Granada, á fines del siglo xvi, condenados más tarde por apócrifos, había dado pretexto á Gregorio Lopez Madera para suponer que se hablaba el romance castellano en la época de Augusto

y es de creer que muchos participarían de esta opinión por el frenético entusiasmo que tales documentos excitaron.

Al dar á conocer por primera vez en el siglo pasado el muy erudito literato y laborioso bibliotecario, D. Gregorio Mayans y Siscar, el Diálogo de las lenguas de Valdés, junto con otros trabajos, inserto tambien un estudio propio suyo sobre el origen del castellano, de no menguado valor por las noticias que encierra, en el cual, despues de presuponer las lenguas matrices de que aquél es una derivación, propone la formación de un diccionario etimológico por medio de un estudio exegético del bajo latin, de los antiguos documentos y de los primeros escritos en castellano, para poder explicar las mudanzas que en el decurso de los tiempos han sufrido las palabras. En las *Memorias póstumas* del P. Sarmiento, así como en la Disertación sobre la lengua castellana, que, precedida de una Declamacion contra los abusos introducidos en la misma, publicó en Madrid sin nombre de autor la viuda de Ibarra en 1793, se encuentran datos para la historia de nuestro romance.

Acerca del origen y genio de la lengua castellana escribió tambien D. Antonio Puigblanch unas Observaciones y sobre el mismo tema versó el discurso leído en la Real Academia Española (1859) por Don Pedro Felipe Monlau, quien, al demostrar que del latin con palabras de otros idiomas derivaba el romance castellano, que del mismo fué lengua matriz el latin vulgar y nó el literario y que los idiomas romances no proceden de un románico primitivo de transición, segun hipótesis de Raynouard, sino que entre ellos hay fraternidad y nó filiación, nada vino á añadir en el fondo á las verdades que Aldrete habia ganado para la ciencia. El ilustre Hartzenbusch, en su contestación, tomó por punto de partida el lenguaje actual y remontándose á sus orígenes al través de los monumentos hasta una época anterior á la literaria, puso en evidencia, con suma erudición, las mudanzas que en la serie de los siglos habia sufrido el romance castellano.

A estos escritos puédense todavía añadir, para complemento de esta reseña: la *Formacion de la lengua española* de D. Roque Bárcia (1872) y el *Apéndice* en inglés que el sueco Beronius puso á *La Gitanilla de Madrid* (1878); bien que de estos trabajos el primero está con-

cebido sin criterio científico y el segundo, ofreciendo dar en perspectiva las principales épocas del desarrollo del idioma castellano en los tiempos antiguos y modernos, no resulta ser lo que del título podía esperarse.

El interés que el estudio del romance castellano despertó en España desde el siglo xvii para indagar los orígenes del mismo, lo ponen de manifiesto los escritos de que ántes se ha hecho mención, cuyos autores estuvieron por fortuna libres de ciertas preocupaciones muy en boga en otros tiempos y que fueron óbice para el progreso de los trabajos lingüísticos, pues el hebreo, cuyo estudio alcanzó de muy antiguo cierta perfección, era estimado como matriz de las demas lenguas y esta opinión, tenida por verdad inconcusa, inspiró libros como el de Crucigerus ó Creutziger, que en su *Harmonia linguarum quatuor cardinalium*, publicada á principios del siglo xvii (1616), presenta un diccionario hebraico y en forma sinóptica las palabras de las lenguas latina, griega y alemana, que el autor reputa derivadas del hebreo por directa filiación; escollo que supo evitar ya Aldrete, exento de tales preocupaciones, pues siguiendo mejores senderos pudo encontrar las verdaderas fuentes de donde emanan los rios y arroyos que, confundiendo sus aguas, formaron la caudalosa corriente del castellano.

Tal principio, que Leibniz fué el primero en repudiar, hoy en completo descrédito, porque los modernos estudios filológicos han puesto de relieve su inestabilidad, habia alcanzado favor entre los doctos; y al obstáculo que ésto oponia para el adelanto del estudio científico de los idiomas, se agregaba el punto de vista que dió vida á la Gramática tradicional, nacida en el seno de las escuelas filosóficas de la Grecia, desarrollada por la de Alejandría y propagada despues por los romanos en Occidente. ¿Qué se podía esperar para el conocimiento de la íntima estructura de los idiomas, de unos estudios gramaticales, que, atentos más á la significación de las palabras segun el papel que desempeñan en el pensamiento, no tenian en cuenta las formas y ménos los elementos constitutivos de las mismas? Es que la Filosofía, que habia clasificado nuestros conceptos estableciendo ciertas categorías, trataba de hallar confirmadas y justificadas en el lenguaje

tales distinciones, lo cual fué base de la filosofía del lenguaje y de ahí que la Gramática general haya venido á ser para la Lógica una ciencia auxiliar. Pero en los tiempos modernos se disfruta la ventaja de tener además para el estudio de las lenguas otro criterio, que no contradice, sino que apoya ó perfecciona el anterior, habiendo contribuido á realizar un completo cambio en la manera de ver los idiomas. Me refiero al procedimiento de los gramáticos de la India, que mirando con religioso respeto cuanto era concerniente á los poemas sagrados de los Vedas, estimados como una revelación divina, y observando las leyes de la lengua en que estaban escritos con el fin de asegurarse de la integridad del texto y mantener fielmente la tradición, descompusieron las palabras hasta sus últimos elementos. Si los griegos, preocupados más por el fondo que por la forma, con sus estudios gramaticales contribuyeron á crear la Filosofía del lenguaje, los indos con su procedimiento esencialmente analítico de las formas inventaron una especie de Historia Natural de la palabra.

Bopp, en su *Sistema de conjugación del sanscrito*, publicado en 1816, demostró de una manera sistemática y científica las relaciones de parentesco que existen entre dicha lengua y las clásicas, que ya William Jones y Federico Schlegel habian presentido y afirmado, sólo que el último reputaba al sanscrito como lengua originaria de las otras, en tanto que el primero las creía derivadas de otra, perdida quizás para siempre. Bopp, que se propuso investigar el origen de las formas, se valió de la comparación como medio de lograr su objeto y la comparación sistemática, que llevó más allá en su *Gramática comparada de las lenguas indo-germánicas*, ha quedado despues establecida como procedimiento metódico en Filología, á la que por esta razón se llama *comparada*. Este riquísimo manantial de los descubrimientos científicos, ha sido aplicado tambien con éxito á varias ciencias y á él se debe que desde Ritter la Geografía, dejando de ser un conjunto enciclopédico de datos inconexos de las más diferentes ramas de las ciencias naturales y de la historia política y literaria, se haya elevado á la categoría de ciencia, viniendo á constituir el verdadero fundamento geográfico de la Historia.

Al mismo tiempo que Bopp, pero independientemente de él, trabajó Jacobo Grimm en la esfera de las lenguas germánicas, descubriendo con su *Gramática alemana* (1819-37) nuevos senderos para el estudio de las lenguas y fundando la investigación histórica del lenguaje, por lo cual es considerado como creador de la Gramática histórica. Los materiales reunidos en su primera edición, imponentes por su abundancia, ejercieron poderoso influjo en sus contemporáneos é hicieron aparecer muy menguados á su lado los estudios gramaticales de las lenguas clásicas. Él enseñó que para establecer una ley es necesaria una inducción completa y por el estudio profundo que en la segunda edición hizo de la Fonología, de la Flexión y de la Formación de las palabras, en que apénas se habian ocupado los gramáticos griegos y latinos, puso en evidencia que todo se desarrolla segun determinadas leyes y la etimología, que basada hasta entónces en la significación de las palabras resultaba á menudo ser hija del capricho, adquirió un fundamento sólido por medio de las leyes que presiden á las mudanzas de los sonidos, porque habia restituido á las letras, ó sea á los sonidos, los derechos que ántes les fueron escatimados por la ciencia del lenguaje. A él deben tambien los dialectos la importancia que les corresponde al lado de las lenguas literarias y por la ley de sustitucion de las consonantes mudas con sus correspondientes aspiradas, conocida por Ley de Grimm, demostró el tránsito que une al griego con el gótico, que se repite en éste para con el antiguo alto-alemán, y es el eslabón que enlaza las lenguas indo-germánicas haciendo patente el inmediato parentesco de las mismas.

El método comparativo vino desde entónces á tener su complemento en el histórico, por el cual el filólogo no se limita á los hechos meramente gramaticales, sino que estudia la Historia literaria y la de la civilización, el estado de cultura de un pueblo, sus usos, sus costumbres, su religión; manifestaciones todas del espíritu que, como seguro depósito, guarda el lenguaje, vasto museo en donde se atesora lo que es expresión de las virtudes y de los vicios, de las grandezas y de las decadencias, del saber y de las preocupaciones de la humanidad.

No es de este momento continuar la reseña, siquiera breve, de los

resultados obtenidos con la aplicación de estos procedimientos filológicos á los estudios realizados de varias lenguas, pues basta á mi propósito, ciñéndome al objeto de este discurso, indicar lo relativo á la Filología de las lenguas romances, cuyo primer trabajo, en el orden cronológico, es la Gramática comparada de las lenguas de la Europa latina en sus relaciones con la de los trovadores, que el sabio francés Raynouard incluyó en el tomo VI de su obra. Este investigador infatigable, por no haberse atendido estrictamente á los hechos gramaticales que ántes de él se habian establecido, fraguó la insostenible teoría de que el provenzal es un miembro intermedio entre el latin y los idiomas romances y que cada idioma neo-latino ha de ser reputado hijo del antiguo provenzal y por lo tanto nieto de la lengua de Roma.

Mas el verdadero fundador de la Filología de las lenguas romances es, sin disputa, el aleman Federico Diez, que con su *Gramática* (1836-43) hizo por ellas lo que Grimm habia hecho por las lenguas germánicas. Siguiendo el doble método histórico-comparativo y sin dejarse llevar de especulaciones filosóficas, procuró darse cuenta de los fenómenos lingüísticos que ofrecen dichos idiomas, cuyas relaciones entre sí y con el latin vulgar puso en claro por primera vez. La Gramática en sus manos quedó transformada casi en cada una de sus partes y dejó establecidas las leyes fónicas que son el más seguro apoyo de la etimología. A él es deudora la Filología comparada de las lenguas neo-latinas, nó sólo de que le fijara el objeto en que habia de ocuparse, sino de haberle trazado la senda que es preciso seguir en estos estudios, en los cuales contrajo además el mérito singular de haber explorado todos los caminos, dejando para investigaciones ultteriores sólo la tarea de ahondar más profundamente.

Los grandes servicios que Diez con su Gramática habia prestado á la Filología tuvieron digno coronamiento en su segunda obra capital, en el *Diccionario etimológico de las lenguas romances* (1853), por el cual, con la aplicación constante de los principios sentados en aquella, desterró de una vez para siempre las etimologías pueriles y ridículas que tanto habian contribuido al descrédito de estos estudios. Indagó el origen de las palabras y los cambios en la significación, rechazando toda etimología que no pueda explicar las supresiones ó

mudanzas de letras, que estriban en el desarrollo histórico de las palabras.

La publicación de obras de tal magnitud é importancia fué poderoso estímulo, que imprimió nueva dirección á los espíritus ávidos de saber y de novedades, descubriéndoles otros horizontes en regiones no exploradas todavía por la ciencia; y la multitud de monografías y reproducciones críticas de antiguos textos, así como la aparición de periódicos de Filología romance, ofrecen un testimonio patente de la actividad que en estos estudios desde entónces se ha estado desplegando. Mas, concretándome á lo que al romance castellano se refiere, por sernos de interés más inmediato y porque la brevedad de este discurso no permite mayor ampliación, he de preguntarme ¿qué es lo que se ha hecho, además de las obras de Diez, para el estudio científico de este idioma? Sin entrar á ocuparme en las reproducciones de antiguos textos, que para el estudio histórico de las palabras son de notoria utilidad, por ser las ricas minas que el filólogo debe explotar, me limitaré á los escritos lexicográficos y etimológicos, que preparan el terreno para las clasificaciones y son esencialmente indispensables, porque sin diccionarios históricos la solución de los problemas acerca del origen y antigüedad de las palabras será siempre insegura é incompleta.

Al de voces antiguas usadas en las Partidas y demás Constituciones reales, escrito por D. Pedro Nuñez de Avendaño, y al que redactó tambien, segun testimonio de Mayans, D. Blas Antonio Nasarre, sobre palabras españolas antiguas, hay que agregar el Vocabulario de voces anticuadas, que para facilitar la lectura de los autores españoles anteriores al siglo xv, publicó en el pasado el erudito bibliotecario D. Tomás Antonio Sanchez, al dar á conocer las obras de los autores á que se hace alusión. Si con estos escritos se facilita la inteligencia de textos, que sin tales recursos aparecerían oscuros é inaccesibles para la generalidad, el fin práctico que presidió á su redacción no puede sin embargo satisfacer completamente á las exigencias de la crítica moderna, y de éello son prueba las correcciones que Morel-Fatio propuso para el vocabulario del Poema de Alexandre en el tomo iv de la *Romanía*. El libro de Francis Meunier sobre los compuestos, que con-

tienen un verbo en un modo personal en latin, en francés, en italiano y en español, es una colección rica en hechos y noticias lexicográficas y que ofrece materiales para estudios histórico-comparativos de estos idiomas.

De las lenguas que han contribuido á aumentar el tesoro castellano, el árabe ha sido la más explorada para la dilucidación de etimologías, cuyo origen explica dicho idioma; y no es que se haya desconocido la influencia de los otros, pues ya Aldrete insertó tambien en su obra series de palabras emanadas del griego y del gótico, sólo que el estudio de aquella lengua, que se ha mantenido siempre en España, ha sido motivo de que fuese asimismo la más favorecida. Ya en tiempo de los Reyes Católicos se halla hecha mención del *Vocabulista arábigo en letra castellana*, que para la conversión de los moros de Granada escribió Fray Pedro de Alcalá, á quien á menudo se refieren los modernos etimólogos; y Covarrubias y Orozco, que cita con frecuencia á Diego de Urrea y al P. Guadix, da muchas etimologías en su *Tesoro de la lengua castellana*. En el tomo iv de las *Memorias de la Real Academia de la Historia* hállanse continuadas las que estudió Martinez Marina; pero la obra fundamental en esta materia es el *Diccionario de palabras españolas y portuguesas derivadas del árabe*, hecho por Dozy y Engelmann (1869), con la erudicion y crítica que los modernos estudios requieren.

Tres años despues de haber publicado Diez su *Diccionario etimológico de las lenguas romances*, dió á luz D. Pedro Felipe Monlau (1856), con título de *Ensayo*, el de la lengua castellana, precedido de un estudio que, por estar calcado sobre las reglas de etimología de las lenguas clásicas, se adapta mejor á las palabras de origen erudito, que á lo propio y tradicional en el idioma, y no emplea los principios que deja sentados para hacer aplicacion de ellos, como hizo Diez, cuyas obras al parecer no conoció. El presbítero D. Pedro María de Torrecilla escribió su *Lexicologie espagnole* (1860) como remate á la *Gramática* que de esta lengua hizo para los franceses y en élla despues de un estudio de los prefijos, de los afijos y su significación, ofrece agrupadas en familias las palabras de que trata en las partes precedentes de su libro.

A las etimologías castellanas, que se hallan en el Diccionario de que Littré ha dotado á la lengua francesa, muchas de ellas estudiadas ya por Diez, deben añadirse las que aisladas y sin conexión andan esparcidas en varias Revistas, que son órgano de los estudios filológicos; con aquéllas sus autores van resolviendo las dificultades que ofrece para tales trabajos (preliminares indispensables de las clasificaciones científicas) la diversidad de orígenes de la lengua castellana, que pronto contará con una obra especial sobre este asunto, con el Diccionario filológico comparado de la misma, que Calandrelli está publicando en Buenos Aires.

El ejemplo dado por Brachet con el *Diccionario de dobles formas de la lengua francesa*, ha encontrado digno émulo en la señora Doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos, que en sus *Studien zur romanischen Wortschöpfung* (1876), no se ciñe á prolongar la serie de las dobles formas francesas, ni á aumentar el catálogo publicado por Coelho de las formas divergentes portuguesas, sino que, á vuelta de un concienzudo estudio de la lengua castellana, presenta un trabajo original sobre formas dobles y divergentes, que dice mucho en favor del talento y sagacidad de tan docta señora, esforzándose en demostrar la riqueza de nuestro idioma aumentada por estos medios, que constituyen la parte de actividad creadora, peculiar de las lenguas romances. Mas si en este libro el paralelismo de algunas palabras parece arbitrario por no venir justificado, no es parte para amenguar el mérito de la obra, que puede considerarse como primicias de un trabajo de mayor aliento, dado que la autora, según ella misma lo manifiesta (pág. 96), tiene un Diccionario etimológico en elaboración.

La lengua castellana ha de agradecer á la inteligencia y laboriosidad del distinguido filólogo alemán, Pablo Foerster, el trabajo sintético que, basado en las obras de Diez y de Michaëlis, y ajustando á un plan original los abundantes materiales reunidos por el autor, constituye la Gramática científica de este idioma publicada en Berlin con el título de *Spanische Sprachlehre* (1880), la cual forma digno remate de esta literaria reseña, porque viene á condensar los resultados de los estudios que le precedieron.

Y con ésto queda terminada la breve y árida excursión bibliográfica.

ca, como preliminar á las sucintas consideraciones sobre la formación del romance castellano.

## II.

El derecho de ciudadano romano, preciado privilegio de aquel pueblo que sojuzgó á tantas naciones, hubo de estrechar los lazos que unian á las provincias con la metrópoli, cuando el emperador Antonino Caracalla, con la mira de aumentar las contribuciones, lo hizo extensivo á todos los súbditos del imperio sin distinción. La palabra *bárbaro*, que en su origen significaba para los griegos *extranjero*, se empleó en contraposición del nombre *romano* con que se distinguía el habitante del imperio que hablaba latin y la fusión de las diferentes naciones, que Roma habia realizado por medio de la conquista, la sintetizaba el pueblo con el nombre de *Romanía*. El concepto que envolvía esta palabra abarcaba todos los miembros de la nación en completo contraste con los bárbaros que rodeaban sus fronteras, simbolizaba tambien la civilización romana considerada en su conjunto y más tarde vino á significar el imperio de Occidente, cuando se separó de Constantinopla, manteniéndose esta denominación genérica hasta que, confundidas las razas despues de la conquista del imperio por los pueblos del Norte y adoptada por los vencedores la lengua de los vencidos, fué reemplazada por los nombres de las naciones que brotaron de la disolución del de Carlomagno, que habia reunido bajo un solo cetro los países comprendidos desde el Ebro y los Apeninos hasta el Oder y desde el Océano Atlántico hasta el Raab y el Elba.

La política de asimilación que Roma habia observado para con los pueblos sometidos á su yugo, dándoles sus leyes é inculcándoles sus costumbres, hizose extensiva á su lengua que, por la natural influencia de una civilización superior, aquéllos adoptaron; mas la distinción que entre el *sermo urbanus* y el *sermo plebeius* existía, cesó cuan-

do todas las clases hablaron el latín vulgar, después que los germanos se habían hecho señores del imperio occidental; y á la difusión de la *latina rusticitas* contribuyó no poco la propagación del cristianismo, porque amoldándose al lenguaje del pueblo los que predicaban el Evangelio, para ser mejor comprendidos cuidaron con más esmero del fondo ó de la doctrina, que de la forma de su exposición. La identidad general del latín en occidente fué el fundamento de la que se echa de ver en los idiomas romances, que en él tuvieron su punto de partida, y las diferencias que entre sí los separan son debidas á la agrupación de los pueblos en naciones, influencias meramente individuales, y á las modificaciones que con el tiempo sufre una lengua, que no puede permanecer inmóvil en medio de una sociedad sujeta á continuos cambios. De ahí que, dado un tipo común originario, cada pueblo ó nacionalidad que habla un idioma de la familia de los romances le imprimió el sello peculiar de su carácter, manifestación de una tendencia general, expresión de la vida interior que le alienta; y si tales tipos fueron, por ejemplo, *focus* y *locus*, el castellano y el catalán, el francés y el italiano, acomodándolos á su habla particular, según leyes instintivamente establecidas, los transformaron en *fuego* y *luego*, *foch* y *lloch*, *feu* y *lieu*, *fuoco* y *luogo* respectivamente, ó bien dispusieron con más libre desembarazo de los sonidos, cuando de un vocablo se hubo perdido la significación, como aconteció con los nombres personales; y cual guijarros cuyas formas con el tiempo el roce redondea, á vuelta de variaciones de un mismo tema, de que nos dan testimonio antiguos documentos, á nombres personales como *Amalreiks* ó *Amalric*, de origen gótico, *Amalaricus* en latín, les dieron dichos idiomas variadas y caprichosas formas, quedando entre ellas como típicas las de *Manrique*, *Aymerich*, *Amaury* y *Americo*, esta última, italiana, que nos recuerda la procedencia gótica de la denominación que por circunstancias accidentales se ha dado al Nuevo Continente.

El aire de familia, testimonio del abolengo de los idiomas romances, se acentuó más todavía con los idénticos procedimientos empleados en la administración de los bienes heredados de la lengua latina, que cada uno de ellos ejerce separadamente. La creación del artículo, que hicieron salir del pronombre demostrativo, la supresión de los